

ANUNCIACION DE LA SANTA VIRGEN

DÍA NUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audite, domus David: ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.

Isa., VII, 13.

Habitabit cum hominibus, et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.

Apoc., XXI, 2.

Olsecro, Domine, mitte quem missurus es.

Exod., IV, 13.

Gaudet et letare, filia Sion; quia ecce ego venio, et habitabo in medio tui, ait Dominus.

Zach., II, 10.

Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et suscitabo David germen justum, et regnabit rex.

Jerem., XXIII, 14.

Missus est angelus Gabriel a Deo in civitatem Galileæ cui nomen Na-

zareth, ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph de domo David: et nomen virginis Maria.

Luc., I, 26-27.

Et ingressus angelus ad eam dixit: Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.

Luc., I, 28.

Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio: et ait angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum; ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabitur nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus, et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis.

Ibid., 29, 33.

Dixit autem Maria ad angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? et respondens angelus dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi, ideoque, et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur filius Dei.

Ibid., 34-35.

Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum: et discessit ab ea angelus.

Ibid., 38.

Hoc totum factum est ut adimpleretur quod dictum est per prophetam: Ecce virgo in utero habebit, et pariet filium.

Matth., I, 23.

Quæ ad patres nostros repromissio facta est, hanc Deus implevit filiis nostris.

Act., XIII, 32.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere.

Galat., IV, 4.

Nusquam Angelos apprehendit, sed semen Abrahæ, unde debuit per omnia patribus similari.

Hebr., II, 16.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus.

Joan., I, 14.

Cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo.

Philipp., II, 6.

Creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum.

Jerem., XXXI, 22.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Más glorioso fué para María concebir en su espíritu que en su carne y más grato le fué llevar á su hijo en su corazón que tenerlo en sus entrañas. (*Aug. I de Virginit.*)

II. El cuerpo de Jesús es el cuerpo de María. (*Id. in Assumpt. B. M. V.*)

III. ¿Qué puedo decir de vos en mi ignorancia, oh Virgen bienaventurada, si sé que cuanto pudiera decir en alabanza vuestra sería inferior á vuestros méritos. (*Id. serm. de Sanct.*)

IV. ¡Oh santa virginidad! ¡Oh humildad digna de nuestras alabanzas! El ángel llama á María madre de Dios, y María toma inmediatamente el nombre de sierva de Jesucristo. (*Id. serm. 3 de Nativ. Christ.*)

V. Admirad su humildad y abnegación. Se declara la sierva del Señor en el momento mismo en que Dios la declara madre suya, y ni este nuevo título es bastante para que se crea ensalzada. (*Ambr. I de Virg.*)

VI. El mensaje divino que el arcángel Gabriel acaba de desempeñar cerca de María, es una maravilla que la naturaleza desconoce, que la tierra no ha penetrado jamás, que nunca lo penetrará el humano entendimiento, que admira al cielo y asombra al mundo, y se sobrepone

á la ciencia de las inteligencias más ilustres. (*Jeron. serm. de Asump.*)

VII. ¡Oh virgen tres veces santa! Si los genios más elevados emplearan toda su ciencia en ensalzar vuestra gloria, nunca dirían lo que deben hablando de ella! (*S. Basil, Telenc. Orat. Deip. Virg.*)

VIII. Oh seno de María, soís más grande que el cielo, porque en Vos, nada ha perdido Dios de su inmensidad. (*S. Epiph. de Laud. B. M. V.*)

IX. Calle toda criatura y admírese sin atreverse á contemplar la inmensidad de esta gloria. (*Petr. Damian. serm. de Nativit. Mariæ.*)

X. ¡Cuán sublime y verdadera es la humildad que no se deja seducir por el brillo de los hombres ni deslumbrar por la gloria! María se declara la sierva de Aquel de quien acaba de ser proclamada madre. (*Ber. sup. Misus.*)

XI. La gloria de María consiste en que tuvo la prerrogativa de no participar con nadie el ser la Madre de un hijo de quien Dios es el Padre. (*Id. Ibid.*)

XII. Si en vuestro amor por la virginidad de María os limitáis á admirarla, esforzáos por imitar su humildad y esto os bastará. (*Id. Ibid.*)

XIII. Agradó á Dios por su virginidad y le concibió por su humildad. (*Id. Ibid.*)

XIV. ¿Quién es esta virgen venerada á quien saluda un ángel, y tan humilde que es la esposa de un carpintero? (*Id. Ibid.*)

XV. Decir de María que es madre de Dios es proclamar una gloria tan alta que después de Dios, no puede imaginarse nada que sea tan grande. (*S. Anselm. I de Excellent virgin.*)

XVI. ¿Podremos dudar del amor que nos profesa María si recordamos que Aquel que es todo amor descansó nueve meses en su seno? (*Bern. S. I. de Asump.*)

XVII. Nada te iguala ni puede compararse contigo. Todo lo que desde tu trono contemplas es inferior á tí ó superior á tí, porque sobre tí sólo está Dios, y debajo de tí todo lo que no es Dios. (*S. Anselm. de Concep. B. M. V.*)

XVIII. Nada conozco en la tierra que sea más digno de veneración que el seno de María en el que se hizo hombre el Hijo mismo de Dios; y nada en el cielo más elevado que el trono en que el Hijo de Dios ha colocado á María. (*S. Jeron. serm. de Asumpt.*)

XIX. Hallásteis gracia delante de Dios, hallásteis la reconciliación entre los hombres y Dios, destruisteis el misterio de la muerte y salvásteis la verdadera vida; ninguno antes que vos pudo encontrar estas cosas. (*Bernard. Hom. 3. sup. Missus. est.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Ecce Ancilla Domini.

Este misterio es maravilloso. El arcángel Gabriel pasa á saludar á la Virgen de Judá y María pasa á ser madre de Dios. ¡Qué gloria para esta sencilla criatura! Una de las que más me admira entre estas cosas tan grandes es la conformidad de María con la voluntad de Dios:

I. En la gracia.

María manifiesta su conformidad siempre que la desgracia pesa sobre ella, y todos sabéis cuántas amarguras la acompañaron en su vida. Siempre brotaban de sus labios estas palabras admirables: *Ecce Ancilla Domini.*

II. En la prosperidad.

Si grande fué la conformidad de María con la volun-

tad de Dios, fué mucho mayor, si me es dado expresar-
me así, en sus días de prosperidad.

Dios que tomó carne humana en las entrañas de María, no tomó nuestra naturaleza sino para repararla, y para esto se requerían tres cosas:

1º Confundir nuestro orgullo.

2º Elevar nuestra bajeza.

3º Enriquecer nuestra pobreza.

Pensamiento es este de San Agustín. *Attende ancilla illam..... ibi accepit formam servi, ibi se pauperavit, ibi nos ditavit.*

Ego sum via, veritas et vita.

Agradó á Dios hacerse amar por los hombres, y Jesús se nos presentó para llevarnos á ese amor pasando á ser:

1º Un camino seguro para llegar á Él: *Ego sum via.*

2º Un perfecto modelo lleno de gracia y de verdad: *Veritas.*

3º Un atractivo poderoso que gana los corazones, los sostiene y fortalece: *Vita.*

1º En su encarnación Dios honra á María en tanto que es en quien se anonada y se somete á su Padre.

2º En su encarnación Dios honra á María en tanto que es por ella por quien se comunica y entra en relación con los hombres.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¡De qué foco de luz saliste, oh Gabriel, para acercarte á la Virgen? ¡Del seno de qué beatitud y de qué eternidad te has dirigido al tiempo? ¡Desde qué gloria te acercaste á la humanidad? Bien lo sé yo. Al venir del cielo y llegar á la tierra, al venir de Dios y llegar á la Virgen, al saludarla y anunciarle una nueva generación, no hacías sino obedecer al Verbo. Y convenía ciertamente que un ángel fuese el encargado de una embajada tan augusta, de tan maravillosos oráculos y de tan sublime misterio. No eras, por lo tanto, más que un embajador del rey tu amo y solamente re-

petías lo que Él te había ordenado. Al anunciar á la Virgen la Encarnación del Verbo, eras el eco de lo que en el cielo habías sabido acerca del Verbo.—(*San Ildefonso, Tratado de la perpetua virginidad de María*).

II. Admirad la modestia y el silencio de María. ¡Cuán bello es el silencio en una mujer! ¿Puede verse algo más hermoso que una virgen modesta? María oyó sin interrumpirle al ángel que le hablaba, no quiso precipitar su contestación; primeramente oyó con paciencia y contestó luego con sabiduría. Dejó que el ángel le hablara durante algún tiempo y le dió una contestación breve. Y habló sólo porque comprendió que se trataba de su virginidad. ¡Con cuánto esmero cuidaba de su pureza! El ángel la llamó Madre de Dios, y sólo se manifestó inquieta por su virginidad. Se le anunció un hijo que debía ser á un tiempo mismo Dios y hombre, y no se alarmó sino por salvar su virginidad. ¡Qué hermoso modelo de pureza tenéis en María, oh vírgenes de la tierra? Virgen de cuerpo y de espíritu, virgen en su corazón y en sus miradas, en su conversación y en sus pensamientos, es toda virgen y toda bella, toda pura é inmaculada toda.—(*Santo Tomás de Villanueva, sermón*).

III. Noto en el Evangelio de este día que en la conversación que con el ángel tuvo la Santísima Virgen, sólo dos veces le habló. ¡Oh divinas palabras! Dios quiso que en esas dos contestaciones viésemos brillar dos virtudes distintas con admirable esplendor, dignas de agrandar á Dios mismo; la pureza virginal de María y su profunda humildad.

El ángel Gabriel anuncia á María que concebirá al hijo del Altísimo, al rey y libertador de Israel. ¿Quién pudiera creer que una nueva semejante pudiese alarmarla? ¿Podía dársele acaso una noticia más gloriosa ni hacerla una promesa más grata, puesto que el ángel le hablaba en nombre de Dios? Sin embargo, se alarmó María; temió y dudó, y poco faltó para que contestara que no era posible. «¿Cómo es posible esto, dijo, si he resuelto permanecer virgen?» ¿Quomodo? Manifiesta está aquí la alarma de su pureza virginal. Si concibo al Hijo del Altísimo, será glorioso para mí; pero ¿qué será de mi virginidad? No puedo renunciarte, oh admirable pureza, que no sólo estás á salvo de todas las promesas de los hombres, sino guardada por las promesas de Dios. ¿Qué esperaréis, oh Verbo divino, amante casto de las almas púdicas? ¿Qué os hará venir á la tierra si no os atrae la pureza de María? Esperad, esperad. Todavía no llega su hora y no se ha dado aún á su templo la última preparación.

En efecto, el ángel responde á María: El Espíritu Santo descenderá en tí. Descenderá, dice, pero no dice ha descendido.

Hemos dicho ya cuáles fueron las primeras palabras pronunciadas por la Virgen pura; y luego dijo: «He aquí la esclava del Señor; que se haga en mí según tu palabra.» Así habla la obediencia. No se ensoberbeció María á causa de su dignidad de Madre de Dios. Sin dejarse dominar por una alegría que hubiera sido justa, manifestó sencillamente su sumisión, y desde ese mismo instante abrieron sobre ella los cielos sus torrentes de gracias y el Espíritu Santo penetró en ella: el Verbo se incorporó con su sangre purísima y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. «*Victus Altissimi obumbrabit tibi.*» Y este Hijo que engendra siempre en su seno

porque es tan grande é infinito, que sólo puede contenerlo la infinidad del seno paternal, lo engendró en el seno de la Virgen. ¿Cómo puede efectuarse un milagro semejante? Se efectuó porque la humildad de María la hizo digna de contener á la misma inmensidad. Dios quiso que vos sola poseyeráis durante nueve meses la esperanza de la tierra, la gloria de los siglos y el bien común del universo: *Spem terrarum, decus saeculorum, commune omnium gaudium, peculiari munere possides.* (Eusebio).—(*Bosquet, sermón sobre la Anunciación de la Santísima Virgen*).

IV. El Espíritu Santo cubrió á la Virgen con su sombra. ¿Cómo nació de la Virgen conservando ésta su virginidad inmaculada? Porque así como en otro tiempo engañó Satanás á Eva, virgen todavía, así también llevó ahora Gabriel un mensaje á María, virgen también. Pero Eva, una vez engañada, concibió una palabra que dió la muerte al mundo, mientras que al recibir María el mensaje concibe en su carne al Verbo que nos da la vida eterna. La palabra de Eva indica la vara con que fué arrojado Adán del paraíso; el Verbo, nacido de la Virgen, significa la cruz por medio de la que introdujo al ladrón que ocupa en el paraíso el lugar de Adán. Los judíos, así como los gentiles y los herejes, se niegan á creer que Dios engendra sin derramar su substancia y permaneciendo inmutable; por esto al salir hoy de un cuerpo sujeto á cambio, ha conservado en toda su pureza este cuerpo sujeto á cambio, á fin de hacernos comprender, que así como nació de una Virgen sin detrimento de su virginidad, así también Dios, sin derramar ni cambiar su substancia santa, engendró como Dios, un Dios tal como convenía á Dios.—(*San Juan Crisóstomo, Hom. in. nativit. Dom.*)

V. Si me interrogan los gentiles y los judíos para saber si el Cristo, siendo Dios por naturaleza, se hizo hombre fuera de las leyes de la naturaleza, les contestaré que así fué, y les daré, como prueba de ello, las señales de una virginidad nunca violada. Sólo un Dios puede vencer las leyes de la naturaleza; sólo el que ha formado el seno de la mujer y le ha dado la virginidad, pudo preparar para sí mismo el modo inmaculado de su nacimiento, y construirse según su deseo, un templo construido de un modo inefable.—(*Id. Ibid.*)

VI. ¿Qué podrá pensar y qué puede decir un corazón religioso y fiel y ardiendo en amor? Herido por el inestimable bien que recibe de la infinita bondad de Dios, se entregará á los trasportes de la más viva alegría; pero admirando al mismo tiempo la elevación de María, la dirá con el ángel: «Bendita eres entre todas las mujeres.» En este día se realizan los ardientes deseos de los profetas y de los patriarcas..... En este día es cuando ha sido concebido en el seno de María el Redentor del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre. En este día es cuando María ha recibido el más bello y glorioso de todos los nombres, el de Madre de Dios. Hoy es, en fin, el día en que se realiza el más grande de los milagros. Oíd los prodigios de amor y misericordia que esta festividad pone á nuestros ojos. La persona del Hijo de Dios se une con nuestra naturaleza del modo más íntimo; es decir, que el inmortal se sujeta á la muerte, y no se desdén el Eterno de nacer entre pañales; la criatura concibe á su

Criador, y una mujer pasa á ser Madre de Dios sin menoscabo de su virginidad.—(*Jeron., sermón 116*).

VII. Las revelaciones particulares atribuidas á la Santísima Virgen manifiestan que el ángel, después de haber cumplido su misión y obtenido el consentimiento de María, permaneció junto á ella unas cuantas horas para admirarla, venerarla, felicitarla y adorar el Verbo Divino Encarnado en sus castas entrañas. Con vivo sentimiento y sólo para ir á dar cuenta de su embajada, dejó el humilde oratorio, que era para él un nuevo cielo.—(*Cornelio A. Lápide, Comment. in Luc.*)

VIII. San Francisco de Asís exclamaba con frecuencia: "Cuando digo *Ave María*, los cielos sonrían, los ángeles se regocijan, el mundo se llena de júbilo, el infierno tiembla y los demonios huyen.—(*Lohner, Biblioth. man. predicat.*)

IX. La dignidad de Dios y su alta sabiduría exigen que obre con respecto á sus criaturas por el ministerio de criaturas.

Habiéndose realizado la plenitud de los tiempos, se envió desde el cielo un arcángel para que negociara la Anunciación del Verbo. ¿Dónde terminará el vuelo del enviado celestial? ¿Parará á los pies de un trono? ¿Será en el umbral de un opulento del mundo? ¿Irá en busca de una mujer célebre por su genio ó por su brillo? No será así, sino que el embajador del Altísimo llamará á la puerta de una humilde morada de la ciudad de Nazareth; allí, sola con Dios y entregada á la oración, hallará á una joven virgen, esposa de un artesano llamado José. Al ver al arcángel se turba María como una niña tímida. Es preciso que en nombre de Dios se tranquilice su alarmado pudor.

Entonces media entre ella y el arcángel un diálogo sublime: "Dios te salve, María, llena de gracia. El Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres." (Luc., I, 28 y siguientes). Este lenguaje, tal como jamás la lisonja de los hombres lo ha dirigido á ninguna mujer, en vez de enorgullecer á María, no hizo sino poner en alarma su humildad. Necesario fué que calmara el ángel su inquietud. "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor." Y expone en conjunto los designios del Altísimo. "Concebirás en tu seno y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin." La simple promesa de llegar á ser semejante á Dios, hecha por una serpiente, causó inmediatamente la caída de Eva; la anunciación hecha á María por un arcángel de que ella será la madre de Dios, lejos de deslumbrar á la esposa no hace sino alarmar á la virgen. Tanto ama su integridad, que no sólo está al abrigo de la lisonja de los hombres, sino que también es insensible á los elogios del arcángel, y las indicaciones de Dios mismo la turban. No puede consentir en ser madre del Hijo del Eterno si debe serlo en cambio de su virginidad. Y por lo mismo que teme que éste sea el sacrificio que se imponga á su maternidad suprema, es por lo que le dice al arcángel: "¿Cómo puede ser esto cuando soy virgen y he resuelto permanecer siempre virgen?"

¡Oh admirable dignidad de la virginidad, preferible á la cualidad de

madre de Dios! ¡Oh conversación sublime, que suspende los decretos del Todopoderoso por respeto á la libertad humana, y que espera el consentimiento de una criatura humana para encarnarse el Criador! Oh María, ¿por qué titubeas? A tus pies están los siglos esperando que los salves. No hagas caso de los honores inmensos que te preparan; pero ten presente la genealogía de tus padres, el porvenir del mundo y nuestra salud, y sin titubear por más tiempo, di: "Consiento en lo que solicitáis." ¿Nos dirás que no, oh virgen purísima? Ten presente, Señora, el oráculo de Isaías que en tu infancia aprendistes: "Una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, ó Dios con nosotros. (Isaías, VII, 24). Vos soís la escogida del Señor para que se cumpla este misterio incomparable. "El Espíritu Santo descenderá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, respondió el arcángel, y el fruto santo que ha de nacer de tí será llamado el Hijo de Dios." (I. Luc., I, 55). Y como lo que de tí nazca será formado de tu propia sustancia, este retoño divino será á un tiempo mismo su Hijo y tu hijo. Y al ser madre permanecerás virgen, porque esta es una nueva dignidad creada por Dios sólo para tí."

Para comprender el misterio inefable de la Encarnación se necesita un corazón puro y sencillo. Nada responde María á las palabras del arcángel, porque lucha entre su fe que cree, y su humildad que se cree indigna de semejante elección. "¿Podréis dudar del poder del Señor? pregunta el arcángel. Tu prima Isabel ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sexto mes de embarazo de la que se reputaba estéril, porque *para Dios no hay imposibles*. (I. Luc., I, 38). Por un milagro realizado á tus ojos se garantiza la posibilidad del milagro que se ha de obrar en tí. ¿Qué más quieres, oh María? No abrigues temor alguno de perder el tesoro de tu virginidad, porque en nada te parecerás á esos árboles que pierden su flor al dar el fruto que de ella brota. Todo es en este misterio obra de Dios. ¿Por qué vacilas? Por fin cede María. Ved su contestación: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. (II. Luc., I, 33). ¡Oh palabras bienaventuradas, llenas de humildad y de fe! ¡Oh santa resignación á los deseos del Altísimo! Ahora que la tierra está preparada, brote de ella el Salvador. Derramad, oh cielos, desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al justo. (III. Isai., XLV, 9.)

La misión del arcángel obtuvo un éxito completo, y volvió al cielo para llevar á él la nueva, y el cielo descendió á la tierra. Notemos que la fe fué la que hizo concebir á María el Verbo: y lo concibió por el espíritu, así como fué ella concebida por Dios en los decretos eternos; la fe será la que le haga cumplir con el resto de sus destinos. No le reveló el ángel todas las cosas, sino que las circunstancias le enseñarán lo que debe saber. La Providencia hace todas las cosas á su tiempo, y María no hará más que seguir la luz á medida que la vaya iluminando. Así lo acaba de hacer. Desde el instante en que el padre le manda su Verbo, el Espíritu Santo la cubre con su sombra fecunda y el Verbo penetra en su seno para tomar en él realmente un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros. Así es

como pasa María á ser madre de Dios. ¡Oh dignidad sin igual! No se puede hacer mayor elogio de tí que guardando el silencio de la admiración.

Así fué rescatada la falta de Eva. Ésta dió oídos á la serpiente que la engañó y María creyó al ángel que le dijo la verdad. Eva no buscó sino la santificación de su ambicioso orgullo; María sólo procuró anonadarse en su humildad; Eva se abandona á la santificación de un goce sensual; María renuncia á todos los placeres; Eva, queriendo ser igual á Dios, desobedece á Dios; María se proclama la sierva de Dios en el instante mismo en que comienza á ser madre de Dios. Por esto sólo concibe Eva el pecado y la muerte, mientras que María concibe la santidad y la vida. Eva hubiera trasmitido á la posteridad los dones que recibió sólo con hacerlos fructificar; pero se olvidó de que tenía la misión de conservarlos y perdió á su posteridad. María vino al mundo para borrar la falta de Eva, y fiel á su misión reparadora rescata al género humano.

¡Oh madre de Dios, bendita seas por los siglos y especialmente por el actual.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA IX

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS JUSTOS.

Después de la necesidad de amar, otra existe en nosotros muy imperiosa en medio del vacío, de las fatigas y desengaños de la vida; me refiero á la de creer y esperar en una vida mejor. No podemos dudar nosotros de este porvenir, porque tenemos fe. Mas ¿quién nos asegura que alcanzaremos un porvenir dichoso? El apóstol San Pablo dice en su carta á Timotheo que la esperemos por Jesucristo. No se engaña el apóstol. El que ha venido directamente al mundo para salvarnos, que nos ha abierto con su sangre las puertas del arrepentimiento y el cielo con su testamento, es indudablemente el fondo de nuestra esperanza. Pero ¿por qué la Iglesia, la infalible Iglesia coloca en los cánticos de la Virgen estas palabras con que tan á menudo la saludamos: Dulzura y esperanza

nuestra? La Iglesia recuerda sin duda, dice un santo Padre, que si hemos tenido un Redentor, María fué quien nos lo trajo y por ella descendió á la tierra. Si contamos con un sacerdote que ofrece al cielo el sacrificio propiciatorio, el cuerpo de la Virgen es donde se reviste de las ropas pontificales para agradar dignamente á Dios. Si contamos con una víctima de reconciliación capaz de aplacar la cólera de nuestro Criador ultrajado, ¿quién es ella sino la dulce oveja madre del divino Cordero? Si el llanto de dolor y tristeza de nuestros primeros padres se convirtió en cánticos de alegría, y á la ley de temor y venganza siguió la ley de gracia y misericordia; si la vida sucedió á la muerte, ¿á quién se lo debemos sino á la que es la alegría del mundo y el árbol de la vida plantado en medio de la Iglesia? Si se disiparon las tinieblas del antiguo error al brillo de la civilización cristiana, es porque la obra de María, fuente de la luz celestial, ilumina á todo el que viene al mundo. María fué quien nos abrió la puerta del cielo cerrada desde la caída; por ella se nos ha llamado de nuestro destierro y se envainó la espada de fuego que nos impedía la entrada en el Paraíso. Por ella se realizaron las esperanzas de los profetas y se cumplieron sus predicciones; por ella, en fin, conseguiremos el goce de unos bienes sin fin. En el concilio de Efeso afirmó San Cirilo esta doctrina con unánime aplauso de todos los obispos.

«Dios te salve, oh virgen santa, exclamó; por vos se glorifica y adora en toda la tierra á la Santísima Trinidad, por vos están los cielos llenos de alegría y colmados de regocijo los espíritus bienaventurados. Por vos fué arrojado Satanás á los infiernos y entró el hombre en una condición mejor de la que tenía antes de la caída. La idolatría ha sido desterrada, los hombres llegaron al conocimiento del verdadero Dios, el bautismo se confirió á los hijos de salud. Por vos se han levantado en todas partes